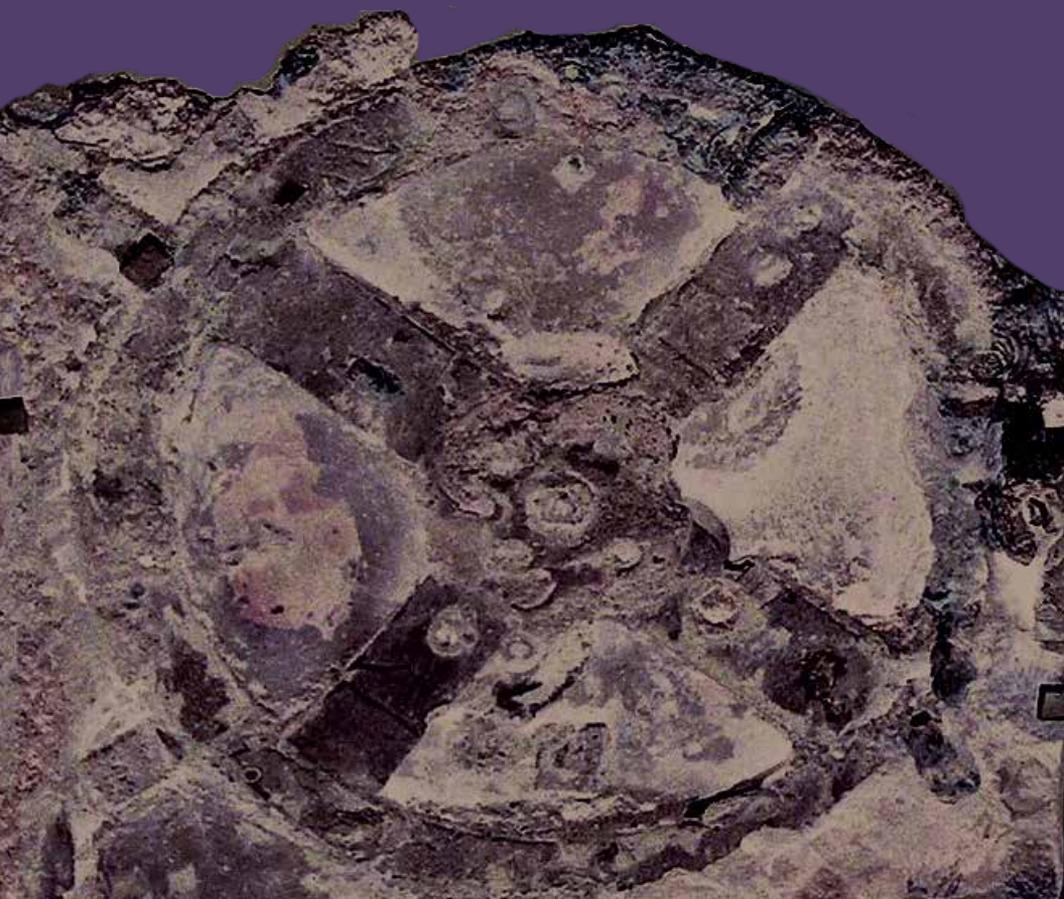


# La idea del progreso: un vuelo en el tiempo



TOMÁS BERNAL ALANÍS



*La idea del progreso:  
un vuelo en el tiempo.*

D.R. © 2024 Tomás Bernal Alanís

D.R. © 2024 Juan Moreno Rodríguez

D.R. © 2024 Editorial Scriptoria

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por medios: electrónico, mecánico o cualquier otro tipo de almacenamiento o la recuperación de de la información, sin autorización previa del editor..

ISBN: 978-607-59797-6-2

Realizado en México

# La idea del progreso: un vuelo en el tiempo



TOMÁS BERNAL ALANÍS

•

# Índice

•

Presentación *6*

La idea del progreso:  
un vuelo en el tiempo.

Tomás Bernal Alanís

Inicio *9*

Orígenes del mundo moderno *11*

De luces y sombras *18*

El progreso en el horizonte *28*

# Presentación



**En el museo** Arqueológico Nacional de Atenas, Grecia, se conservan los restos de una máquina que estuvo oculta bajo el mar de la isla de Anticitera, considerada por muchos como la primer computadora análoga de la historia. Es un conjunto de mecanismos metálicos oxidados que se cree pudo haber servido para cálculos de navegación, de los siglos I o II a. de C. Al afirmar que un artefacto como este ya era empleado hace 22 siglos, se resume apresuradamente tiempo necesario no sólo para fabricar una máquina como esta, sino para planear su funcionamiento con base en una necesidad específica y el nivel de conocimiento que era necesario para tal efecto. Debemos suponer que el pensamiento que condujo a la creación de un artefacto como este, debió ser todavía más antiguo y sofisticado de lo que podemos suponer, o es que, ¿funcionó a la primer intento?

Parece que los griegos ya se consideraban a sí mismos como hombres *modernos*. Desconocemos el origen de la palabra *moderno*, pero si podemos reconocer que aunado a ella, habitualmente está implícita la idea del *progreso*. Podemos afirmar que los griegos fueron una sociedad y cultura progresista, pero en nuestra actualidad, la palabra *progreso* significa una cosa distinta de lo que significó originalmente en latín, pues no es palabra griega. Calificar algo como progresista, resuena para nosotros como algo de avanzada, algo revolucionario o innovador; como un evento que nos conduce a través del tiempo de manera provechosa y por extraño que parezca, la palabra *progreso* también parece estar aunada a lo tecnológico.

Entre la máquina de Anticitera, nombre por el es conocida y los primeros relojes mecánicos del mundo occidental, hay una diferencia de 1600 años. Es una temporalidad que al fin de la época griega y romana, es considerada como un período oscurantista pues se dice que el conocimiento científico y su desarrollo tecnológico fueron casi inexistentes; es el período de la Edad media. Olvidamos que hacia el el s. XII, gracias a los cruzados y su dominio sobre Jerusalem, mucho del conocimiento antiguo de los griegos, pudo ser recuperado a través las traducciones hechas por los árabes, quienes fueron poderosamente atraído por la lógica, la matemática o la filosofía y resguardaron muchos de sus saberes en sus bibliotecas.

La palabra *progreso* es latina. El *progressus* era empleado como un sustantivo que significaba literalmente *avance*. Esta conformado por el prefijo *pro* que indica *hacia adelante* y el verbo *gradior* en su conjugación como *gressus*, que indica la acción de *ir o marchar*. La raíz de este verbo se origina en la palabra *gradus* que significaba *paso, peldaño, grado y grada*; la palabra *progreso* ciertamente implica un *ir hacia adelante, un avanzar*. Sin embargo cuando en la actualidad nos referimos al *progreso*, lo hacemos en referencia no sólo al “paso dado” sino al cómo es que lo hemos realizado y lo necesario para ir todavía más adelante. Es en esa connotación que el uso de la palabra *progreso* está relacionada con el evento tecnológico y que a lo largo de nuestra historia, posee distintas

interpretaciones que no sólo tienen que ver con el *avanzar*. A veces refiere a la idea del avance social y cultural, otras al evento en el que el conocimiento, fundamentalmente científico, produce invenciones a modo de herramientas, técnicas o tecnologías que se considera resuelven distintas necesidades.

Pero la idea del *progreso* en su conjunto engloba el impacto que tiene la generación de nuevo conocimiento en la esfera de lo social y cultural y por ende en lo político, lo económico, lo moral y lo artístico de la diversidad humana. Debido a ello, el aparente estancamiento del conocimiento y la carencia de invenciones o descubrimientos de todo tipo durante la Edad media, nos hace calificarla como un largo período de tiempo en el que no hay ningún avance significativo; como si obligado por cierta oscuridad provocada por la falta del desarrollo de nuevos saberes, el *progreso* no sólo se hubiera detenido sino que fuera inexistente.

En esa visión oscurantista, el ser humano aparenta un insaciable apetito progresista marcado por lo científico y lo tecnológico, pero si se volvieran a ver con detenimiento las invenciones e ingenios de Mariano di Jacopo detto il Taccola, del siglo XIV y XV, sería evidente que quizá la historia no ha prestado suficiente atención a la idea del *progreso* durante la Edad media.

*La idea del progreso: un vuelo en el tiempo*, del Dr. Tomás Bernal Alanís, es un estudio que abarca precisamente la concepción y realidad que se tiene y vive acerca del *progreso*, sobretodo de su impacto en la historia más reciente. Es un estudio que especula acerca del *progreso* como el cambio en la mentalidad humana que trasciende de lo individual hacia lo social. Ciertamente nos refiere al *progreso* como un avance en que la generación de nuevo conocimiento está provocado la búsqueda, la exploración, el descubrimiento y la investigación, como motores capaces de cambiar incluso la concepción de la definición de ser humano, transformando su experiencia de la realidad y modificando comportamiento social.

En esta óptica del *progreso* que parte de la concepción del hombre como un ser libre durante el evento de la Revolución francesa y que es anticipado durante la época de la Ilustración, el cambio de la mentalidad en que la opresión impuesta por las monarquías ha desatado graves problemas de desigualdad social a través de los siglos, va acompañada del hecho de que el conocimiento es además una fuente de la que abreba la libertad y la igualdad entre los hombres como base del *progreso* social.

En este estudio, antes siquiera suponer que el *progreso* depende únicamente del avance tecnológico, se nos aclara que nos debemos a proximar a la idea del mismo como la base sobre la

cual se puede construir una mejor sociedad. Aunque siempre se ha propuesto que el conocimiento y la tecnología fruto del mismo pudieran apoyar a simplificar el trabajo y crear una mejor condición productiva favoreciendo la condición humana, eso no siempre ha resultado efectivo. Por el contrario, todo sugiere que las invenciones tecnológicas no provocaron ningún cambio social; el dominio económico y político de las clases altas ejercido a las clases bajas a propósito de que las nuevas técnicas y el desarrollo tecnológico permanecen en manos de unos cuantos que las pueden explotar. En la perspectiva de este estudio, el Dr. Bernal, la idea del *progreso* en el que el desarrollo y uso de nuevas tecnologías tenía como objetivo el provocar una mayor igualdad social, en algún punto quedo atrás, porque en la práctica, incrementó la desigualdad económica y por lo tanto la social.

En lo general, el planteamiento del *progreso* humano es muy superior al avance tecnológico. Idealmente, el *progreso* tiende a la búsqueda del bien común en correspondencia con la individualidad humana, buscando apartarse en lo posible del efecto del egoísmo y sus consecuencias. El *progreso* al que el ser humano aspira no es únicamente tecnológico, ni su fruto el económico, ¿cierto? •

Juan Moreno Rodríguez

Editor

# La idea del progreso: un vuelo en el tiempo.



**Tomás Bernal Alanís**

PROFESOR INVESTIGADOR

UAM-AZC



“Lo conquistaríamos con adulaciones, con dádivas y, sobre todo, con promesas. Las promesas cuestan menos que las dádivas y adquieren más valor. Nunca se nos considera tan generosos como cuando pagamos con esperanzas.”

Anatole France, *La isla de los pingüinos*.

## Inicio

**En el horizonte** de la evolución humana, es difícil establecer con una certeza total el momento en que aparece el progreso como el motor fundamental del desarrollo humano. El progreso en sí, como concepto y realidad, inicia su consolidación y difusión en el mundo moderno.

Hijo pródigo de la Ilustración y de la Revolución francesa (1789), el progreso se consolida como un imaginario del mañana; como una fuerza que siempre está presente en la modernidad, que incita a buscar algo más allá, la cual va a estar en el horizonte para cumplir los sueños de la humanidad en múltiples dimensiones de la vida social.

Todo es progreso, todo va tras un cambio para lograr algo superior, para buscar y encontrar la felicidad, la plena realización del genio creativo de la especie humana, la conformación de un mundo mejor, la posible “utopía” hecha realidad, concretada a través de la experiencia de la humanidad en el espacio y en el tiempo.

Existe la creencia de que todo es posible con el progreso. Lo tradicional se transforma en lo moderno, lo viejo en lo nuevo, lo pasado en lo presente y, por lo tanto, en lo futuro. Todo se mide y se aquilata con esta palabra mágica perteneciente al diccionario de la modernidad y con la eterna esperanza del continuo mañana. Se trata de un continuum de expectativas, de posibilidades, de planes, de esperas, el cual nos mostrará el mañana.

El progreso lo es todo para el trabajo humano, para la planeación de la sociedad en su totalidad. Sus secciones o partes están inevitablemente cruzadas por el poder del progreso, como esencia del cambio, del otro, de esa innovación imperecedera que da vida y articula los proyectos de la condición humana, en su constante juego entre la naturaleza y la cultura.

El progreso se convierte así en síntesis de la ingeniería humana para transformar realidades, para cambiar escenarios, para imponer condiciones, para asegurar infinidad de estilos de

dominio y ejercer el poder humano no solo sobre la naturaleza, sino también en la cultura. El progreso es visto como una aventura fascinante del acontecer humano, como un vuelo en el tiempo.

## Orígenes del mundo moderno

En numerosas ocasiones resulta difícil rastrear el origen de una palabra, de una visión histórica que revoluciona el acontecer humano, en su relación con la naturaleza, la historia, la geografía, eso sucede con el concepto de progreso. Sus orígenes tienen que ver necesariamente con la globalización del mundo o, como afirma el filósofo alemán Immanuel Kant, el progreso sería el proceso de cosmopolitismo que se vivió desde el descubrimiento del Nuevo mundo en 1492, hasta los efectos de la Revolución francesa y la llamada época del Imperialismo a finales del siglo XIX.

En este amplio marco de referencia espacial y temporal, el progreso va a tener su nicho de crecimiento y desarrollo como una idea y, por lo tanto, como una práctica que definirá los elementos esenciales de esa modernidad que será el gran teatro del mundo donde se desarrollará dicha idea. Se trata de una noción clave, la cual marca una época de transformaciones entre finales del siglo XVIII y principios del XIX; que queda asentada en la extraordinaria obra del novelista inglés Charles Dickens, publicada en 1859 y ti-

tulada *Historia de dos ciudades*, que enmarca de manera excepcional el espacio temporal donde se desenvuelve la idea de progreso:

16

---

Eran los mejores tiempos, eran los peores tiempos, era el siglo de la locura, era el siglo de la razón, era la era de la fe, era la edad de la incredulidad, era la época de la luz, era la época de las tinieblas, era la primavera de la esperanza, era el invierno de la desesperación, lo teníamos todo, no teníamos nada, íbamos directo al Cielo, íbamos de cabeza al Infierno (Dickens, 2018, p. 17).

Eran tiempos de cambio, de transformación, de pasar del antiguo régimen hacia la revolución. Se trataba de tiempos indefinidos, perdidos en la bruma entre dos épocas donde la palabra mágica era el progreso, visto como el logro de la felicidad humana en todas sus acepciones.

Con el paso del tiempo, el progreso se convirtió en la posible llave que abriría las distintas puertas del mundo moderno: la economía, la ciencia, las formas de gobierno, la ciudadanía, los derechos universales, la propiedad, el crecimiento económico, la libertad, el nacionalismo, la cultura, las comunicaciones, la producción, la tecnología, el lenguaje, entre muchos otros temas mundiales; los cuales emanaron de dos rebe-

liones fundamentales: la Revolución inglesa (1760-1790) y la Revolución francesa (1789).

Una revolución científica y tecnológica y una revolución política e ideológica dieron inicio a la construcción del mundo moderno y a las lógicas de dominación que en la actualidad imperan entre las naciones de un mundo globalizado, el cual fue fundado a partir del descubrimiento de América y las consecuentes conquistas militares y espirituales de los imperios español y portugués.

Ahí se ubica el punto de inflexión que alcanzará su nivel más álgido entre los siglos XVII y XIX; el momento de consolidación se llevará a cabo durante el siglo XIX e inevitablemente hasta nuestros días. Las revoluciones inglesa y francesa despertaron las fuerzas sociales que derrumbarían al antiguo régimen, lo que daría paso al mundo moderno o modernidad, visto como una nueva etapa en la evolución de la humanidad.

El Nuevo mundo y los contactos entre Occidente y Oriente a partir del siglo XVI, pasando por aquellas guerras religiosas y militares denominadas las Cruzadas, abrieron paso a nuevas rutas de viajes y contactos culturales, los cuales estuvieron apoyados por elementos como la brújula y la pólvora. La navegación, los descubrimientos geográficos, la técnica y la ciencia al

servicio de la guerra proporcionaron nuevos horizontes a la mirada europea, que veía en ellos el ensanchamiento y la imposición de sus intereses y valores sobre los espacios recién descubiertos.

Las rutas de reconocimiento de nuevos territorios fortalecieron políticas e ideologías de expansión que permitieron desarrollar fuerzas productivas, por un lado; y por el otro, también se fortaleció la incipiente formación de los Estados nacionales como una innovadora forma de reestructurar el poder político y económico de las élites de esos Estados, los cuales se encontraban en pugna constante con otros Estados. La guerra y las invasiones fueron formas legitimadoras de dominación allende los mares y las fronteras políticas.

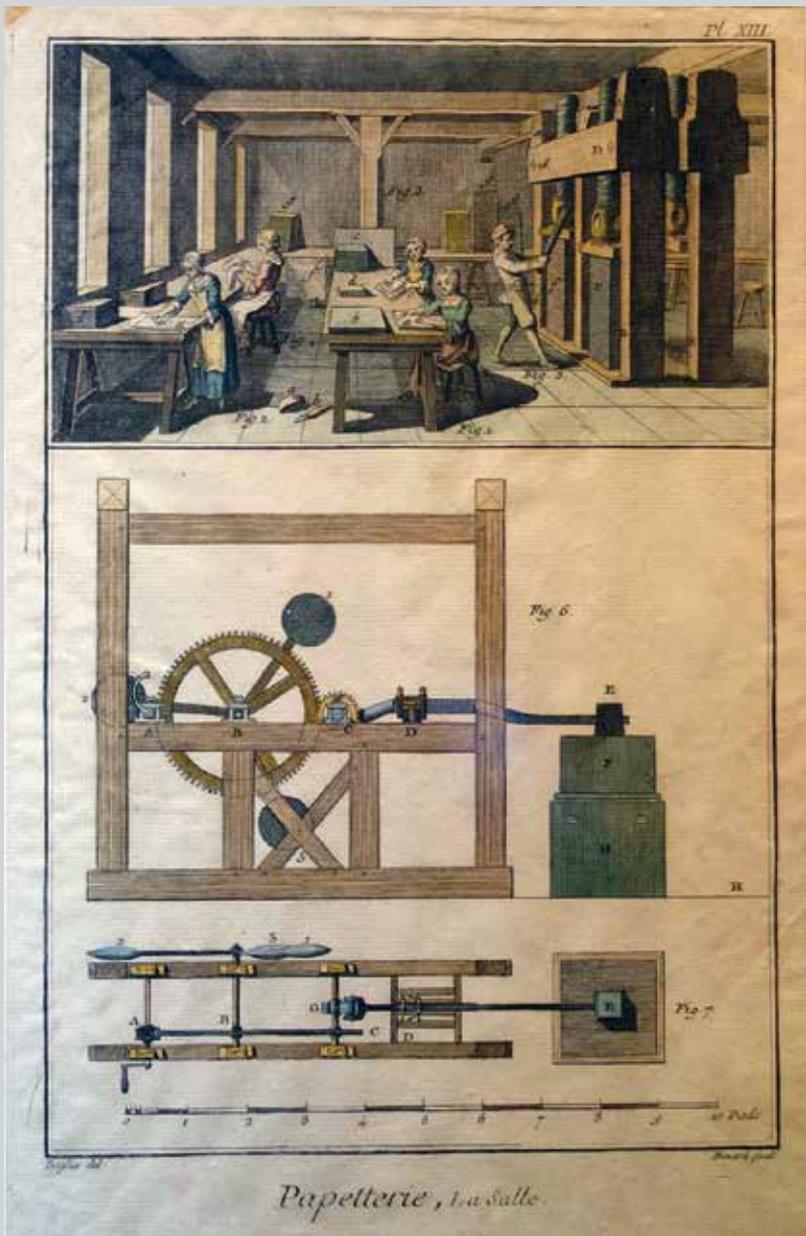
Las revoluciones y las guerras aumentaron en nombre del progreso, para encontrar otras formas de crecimiento económico y un respaldo político para el sometimiento de unos Estados sobre otros. Como afirman José Antonio Marina y Javier Rambaud:

El siglo XVIII es el gozne sobre el que gira la segunda era axial. Ocurren cambios en el modo de pensar, en la organización política, en la ciencia. Muchas de las herramientas mentales inventadas en ese período siguen utilizándose, por eso podemos hablar

de la llegada de la modernidad (Marina y Rambaud, 2019, p. 391).

Las viejas ciudades medievales –impulsadas por el Renacimiento– tienen un renacer en sus funciones públicas, van dejando atrás el espacio privado de la antigua nobleza e inician un intercambio cada vez más evidente con otras ciudades y otros espacios comerciales, los cuales a su vez se van volviendo territorios en forma. Los intereses de los circuitos mercantiles se van estableciendo entre las ciudades, se crean las ferias comerciales en diversas tierras y aparece una incipiente producción artesanal que se va transformando muy lentamente en los futuros espacios industriales.

Se crea un nuevo ambiente de expansión, de crecimiento de los negocios y de una cada vez mayor infraestructura institucional, de comunicación; al mismo tiempo que se amplía la socialización de las novedades de la educación, la cultura, la ciencia y la tecnología, como patrones para desarrollar el potencial productivo y las nuevas relaciones sociales en la política, en lo laboral y en la organización política. Por ello, el proyecto de la Ilustración renueva y fortalece estas tendencias que están operando cambios visibles en el funcionamiento de la sociedad; como señala Miguel Artola:



Página de la *Encyclopédie* de Diderot, c. 1760, donde se muestra máquinas “de imprentas durante el antiguo régimen”.

Cuando la Ilustración dejó de ser un programa educativo apareció la Ilustración como la época histórica caracterizada por la crítica de la revelación y el dogma, la concepción del deísmo y la religión natural, la reivindicación de la felicidad, los derechos y el contrato social, que dieron origen a la primera teoría económica e inspiraron la política de desarrollo de los príncipes ilustrados. Los ilustrados eran autores y funcionarios. Los primeros, en trance de emanciparse de sus antiguos patronos, asumieron la crítica de la religión y la organización de la sociedad: los segundos propusieron las reformas que los príncipes adoptaron (Artola, 2016, p. 298).

La instrumentalización de la razón para conocer, estudiar y explicar la realidad, fue un factor clave para dejar atrás posturas cimentadas en la idea de Dios y sus designios absolutos sobre el hombre y su acontecer histórico. Las nuevas condiciones de organización social y formas de gobierno, se empezaron a nutrir del contrato social y de la voluntad de la especie humana por buscar otras formas de administrar y practicar los juegos de la política y sus representaciones.

En este rejuego entre lo individual y lo colectivo, las viejas aristocracias y los nuevos burgueses se encontraron ante los futuros cambios sociales que sustentaron al progreso como una finalidad, como un fin de partida, donde la condición humana hallaba los espacios necesarios y adecuados para desarrollar el potencial de los individuos, de las colectividades y de las naciones.

Se propició así la competencia comercial, el crecimiento económico, la conformación, desarrollo y fortalecimiento de la idea de Nación, de un cuerpo de funcionarios –más tarde llamada burocracia– que realizaría las funciones necesarias para que la maquinaria social funcione bajo los principios de buscar el desempeño de posibles políticas económicas y sociales que proyectarán en el horizonte futuro al progreso como emblema único de la felicidad humana. Por ello, esta noción se volvió relevante:

La felicidad, hasta entonces asociada con la salvación y el paraíso, adquirió una nueva acepción al usarse para designar el bienestar, la satisfacción de las necesidades materiales. La búsqueda de la felicidad pasó a ser el objetivo común de todos los individuos, y la propiedad, el medio de satisfacer las necesidades, se convirtió en la medida de la felicidad (Artola, 2016, p. 302).

Lo material desplazó al campo de lo espiritual e inició un largo y conflictivo camino hacia la veneración de la propiedad, la libertad y la riqueza, como la santísima trinidad del tiempo de la modernidad y, por lo tanto, del progreso; como desiderata del mundo moderno, de sus fuerzas y sus intereses. El progreso fue vislumbrado como una categoría del acontecer histórico, como un mundo por alcanzar, como una etapa insuperable de la perfectibilidad humana, como logro y fin histórico.

## De luces y de sombras

Las dos revoluciones que marcaron el inicio de la modernidad, la inglesa y la francesa, deslumbraron las mentes que construyeron con sus obras y sus ideas la posible aparición de un mundo más justo, más unido y que permitiera en la realidad poner a prueba al nuevo sistema social: el capitalismo.

La liquidación paulatina de un sistema caduco, cerrado, hermético, como fue la etapa de las monarquías, dejó paso a amplias posibilidades que crearon el mundo burgués. La consolidación de nuevos valores y de los derechos universales del hombre y la mujer, creó a su vez un marco normativo donde el Estado establecía leyes, normas y un orden social basado supuestamente en el mercado; dentro del cual los individuos

podían establecer la libertad como un valor supremo de la sociedad en construcción.

Después de las luces emitidas por el Iluminismo, llega la era de la barbarie y la lucha a muerte entre las facciones y los líderes revolucionarios; esto sucede a finales del siglo XVIII y principios del XIX. Prevalece entonces una época de oscuridad, reforzada por los sueños imperialistas de Napoleón, donde los instintos humanos desarrollaron el teatro de la crueldad para lograr imponer unos valores sobre otros.

Se observa así un mundo de contrastes, de destellos y apagones, donde la racionalidad humana se pone a prueba en un sistema productivo y social diferenciado, las luces iluministas se pierden en el espacio de oscuridades y pasiones entre los hombres y las naciones. En ese contexto, un sistema social como el capitalismo se impone con su lógica de dominación y explotación.

En ese ambiente de dudas y certezas, aparece en 1819 el texto de Benjamin Constant, titulado *La libertad de los antiguos frente a la de los modernos*. Es este un escritor liberal convencido de las bondades de la libertad como principio rector de las sociedades modernas para su funcionamiento y su proyección hacia el futuro. Para él, las personas pertenecientes a la época moderna tenían una innegable capacidad de libertad para participar en la

esfera pública, derecho con el que no contaban los antiguos. En eso consistía la gran ventaja de los modernos sobre los antiguos; Constant lo establece de la siguiente forma:

El objetivo de los antiguos era el reparto del poder social entre todos los ciudadanos de una misma patria: es a eso a lo que llaman libertad. El objetivo de los modernos es la seguridad de los goces privados, y llaman libertad a las garantías otorgadas por las instituciones para esos goces (Constant, 2020, p. 38).

Para Constant, la libertad individual es la libertad de los modernos, de aquellos que hacen valer sus derechos en un mundo auspiciado y protegido por un Estado y sus leyes. Desde la teoría, el mundo moderno es perfecto, está ensamblado en ese difícil juego del contrato social –léase voluntad general– y en la libertad de todos los individuos que son representados en esa organización política y social. El autor citado establece una visión liberal del progreso como una posibilidad permanente hacia el mañana:

No, señores, doy fe de la mejor parte de nuestra naturaleza, de esa noble inquietud que nos persigue y nos atormenta, ese afán de ampliar nuestros conocimientos y desarrollar nuestras facultades: nuestro destino

nos llama no solo a la felicidad, sino también al perfeccionamiento; y la libertad política es el medio de perfeccionamiento más poderoso y energético que el cielo nos ha dado (Constant, 2020, p. 58).

Para numerosos pensadores de la época, provenientes de distintas tendencias políticas –John Locke, Jean Jacques Rousseau, Alexis de Tocqueville, Barón de Montesquieu, Immanuel Kant, Voltaire, Johann Gottlieb Fichte, Jean D’Alembert, Karl Marx, Herbert Spencer, Auguste Comte, Jeremy Bentham, Cesare Beccaria, entre otros muchos–, la libertad es fundamental en el desarrollo humano y social; pero hay que tener presentes los contextos sociales donde se busca una respuesta a la libertad y a la dignidad humana.

A lo largo de la historia, el hombre ha estado sometido a una ley o idea de progreso. Para Pierre Joseph Proudhon, esta permanente tensión en las sociedades es *una eterna danza*, donde el acontecer del ahora tiene un infinito movimiento hacia algo. El progreso es un proceso que no tiene fin, es consustancial al ser humano, esencia y destino:

La noción de Progreso, extendida a todas las esferas de la conciencia y del entendimiento y puesta como la base de la razón práctica y de la razón es-

peculativa, ha de renovar el sistema entero de los conocimientos humanos, librar el entendimiento de sus últimos errores, reemplazar en las relaciones sociales, las leyes constitucionales y los catecismos, enseñar al hombre todo lo que legítimamente puede creer, hacer, esperar y temer: el valor de sus ideas, la definición de sus derechos, la regla de sus actos, el objeto de su existencia. La teoría del Progreso es el ferrocarril de la libertad (Proudhon, 2021, p. 24).

El progreso se transformó, al igual que el evolucionismo, en una idea trascendental para marcar los derroteros del porvenir, para establecer la medida de las cosas y el desarrollo de los grupos humanos en el concierto de las naciones; así como en la lucha azarosa entre los pueblos por dejar de ser primitivos y convertirse en civilizados. El progreso se convirtió en el termómetro para medir el desarrollo alcanzado por una nación, una raza o una población en pos de la riqueza material acumulada.

Para el pueblo francés, el progreso se transforma en una nueva forma de vida, desarrollada por una burguesía que va a conducir el porvenir del mundo. Se trata de una clase que deja atrás las supersticiones para explicar la realidad con el lente de la razón y las causas-efectos sobre los fenómenos de la naturaleza y la sociedad.



El progreso es visto como una posibilidad viable hacia el futuro, en un camino probable hecho por el genio creativo de la humanidad para el bienestar de la misma, en la consecución de objetivos morales, materiales y culturales que expresen la fuerza de esos actos sociales que delinean el futuro de los pueblos.

El progreso no solo es una fuerza arrolladora, sino también un acontecer cotidiano entre lo que se tiene y lo que se hace, es un sentir de lo posible, de lo alcanzable, de lo que se proyecta en y sobre la naturaleza de las cosas y de las leyes sociales, como establece Georges Sorel:

La grandeza de un país, la dominación por la ciencia de las grandes fuerzas naturales, la marcha de la humanidad hacia la luz, he aquí la hojarasca que frecuentemente encontramos entre nosotros en los discursos de los oradores democráticos (Sorel, 1909, p. 205).

En ese plano de explicación social, el progreso se construye como un modelo a seguir, como un plan providencial que permite el desarrollo del organismo social —léase el Estado-nación—, como el soporte de los cambios económicos, políticos, sociales y culturales que se realizan al interior de sus instituciones

y crean las condiciones de existencia de esas nuevas formas de organización y evolución social.

Los debates de lo antiguo y lo moderno, de lo clásico y lo nuevo, construyeron una guerra de ideas por establecer nuevos patrones de crecimiento y desarrollo; y fue precisamente la época de la Ilustración la que conformó otra manera de entender lo moderno, como una fuerza avasalladora y universal que se imponía en el horizonte de las naciones del siglo XIX, tal como afirma Oded Galor:

La Ilustración hizo un llamamiento a los seres humanos para que confiaran en sí mismos y fuesen resolutivos a la hora de rechazar las tradiciones culturales anticuadas. Fomentó el desarrollo de un enfoque más escéptico, empírico y flexible del mundo, con la esperanza de crear una nueva cultura basada no en la fe de las tradiciones del pasado, sino en la creencia de que se podía construir un mundo mejor mediante el progreso científico, tecnológico e institucional (Galor, 2022, pp. 218-219).

Bajo esta óptica de crecimiento material, se sobrevaloró el aspecto cuantitativo y material del desarrollo de los pueblos, dejando de lado el aspecto cualitativo y espiritual de algunas

culturas del mundo moderno. Y en este punto de inflexión, las visiones del lado occidental y oriental mostraron más puntos de alejamiento que de encuentro entre sus visiones de mundo. Sobre el primero, Galor opina:

Sin embargo, hace unos siglos, las sociedades de Europa occidental experimentaron un cambio cultural que hizo aumentar la velocidad de los grandes engranajes de la historia de la humanidad y contribuyó a la aparición de la era moderna del crecimiento económico sostenido: llegaron a la convicción de que el desarrollo científico, tecnológico e institucional tenía las claves para un mundo mejor. En otras palabras, creían que ese desarrollo era el progreso (Galor, 2022, p. 226).

El mundo de la mística fue trastocado, la religión fue suplantada por la verdad científica que campeaba libremente por el mundo del conocimiento y las explicaciones consideradas válidas solo eran aquellas que provenían de la ciencia. La religión dio el paso libre a la glorificación de la ciencia como emblema único de los tiempos modernos. La geografía del pensamiento moderno se asentaba sobre las ruinas de la ciudad de Dios.

Se trata de escenarios de transformaciones mostrados de manera magistral por el novelista francés Anatole France. En su magnífica novela *La isla de los pingüinos*, publicada en 1908, retrata al pueblo francés y realiza una excelente crítica del mundo moderno, de sus dioses, de sus contradicciones y, por supuesto, observa y analiza el progreso del hombre y de la historia:

La Pingüina se glorificaba de su florecimiento. Los que producían las cosas necesarias para la vida carecían de ellas, y los que no las producían, las tenían en abundancia. “Son estas –como dijo un académico– ineludibles fatalidades económicas”. El pueblo pingüino carecía ya de tradiciones, de cultura intelectual y de arte. Los progresos de la civilización se manifestaban por la industria devastadora, por la especulación infame y el asqueroso lujo. La capital ofrecía, como las más famosas capitales de aquel tiempo, un carácter de opulencia y cosmopolitismo. Reinaba una insulsez inmensa y monótona. El país disfrutaba una tranquilidad absoluta. Era el apogeo (France, 1979, p. 1182).

Esta crítica describe en lo que ha derivado el progreso en numerosas ocasiones, en una acumulación de bienes y satisfactores de necesidades materiales que “embellecen” al mundo y a los

escaparates donde se muestran al posible cliente. Son esas calles, esos pasajes de París, capital del siglo XIX, como las nombró Walter Benjamin, signo por excelencia de los tiempos modernos y progresistas del mundo occidental:

El *flâneur* se parece a un explorador del mercado y, como tal, también a un explorador de la multitud. La muchedumbre provoca en el hombre que se deja llevar por ella una especie de embriaguez que le suscita unas ilusiones muy particulares: cree ser capaz de reconocer, fijándose tan sólo en sus apariencias, todos los recovecos del alma del anónimo transeúnte arrastrado por la masa. Las fisiologías de la época abundan en pruebas de esta singular ilusión (Benjamin, 2013, pp. 66-67).

Y todos somos *flâneur*, en este inmenso y atrayente escaparate que es el progreso, entendido en la apreciación íntima e ineludible de su crecimiento, en perpetuo movimiento ante los ojos azorados de los individuos, los pueblos y las colectividades que han compartido este sueño de la modernidad y han visto en la creación del progreso una ilusión permanente del mañana.

El progreso sería entonces un símbolo del cambio permanente, el camino de las expectativas de un presente hacia un

mañana que cuestiona y desangra sus frutos; con las desigualdades de un mundo que no termina de nacer ni de morir.

## El progreso en el horizonte

El progreso se ha convertido con el tiempo en un mal necesario de nuestra época, pero a la vez, también es un sueño compartido por el género humano. Es una ventana que abrió el mundo moderno, acompañado con la aparición del capitalismo y de la burguesía, como horizonte único e ineludible de nuestro tiempo.

Con el transcurrir de los años, el progreso se ha transformado en un *Frankenstein* que se ha volcado en el mundo, creando destrozos e incertidumbres alrededor del género humano. De manera constante, el peso de lo cuantitativo ha prevalecido sobre lo cualitativo. La cantidad se impone sobre la calidad.

Muchos de los sueños y las esperanzas que despertó el progreso en la existencia humana se han esfumado. Los resultados no son necesariamente los que se pensaron al inicio de su aparición. Quedan muchos años por delante para seguir moviéndonos en la órbita de este concepto desde la realidad concreta. El mañana nos dará nuevas e inusitadas experiencias de este sueño

de la modernidad que sigue ejerciendo ante nuestros ojos fascinación y, a la vez, terror. Como afirma el estudioso John B. Bury acerca del futuro del progreso:

A través de los siglos llegará un día en que una nueva idea usurpará su lugar como idea directriz de la humanidad. Otra estrella, desconocida ahora o tal vez invisible, llegará al cenit intelectual y las emociones humanas reaccionarán bajo su influencia, los planes humanos se ajustarán a sus directrices. Servirá de criterio para juzgar el Progreso y a otras ideas semejantes. Y tendrá a su vez un sucesor (Bury, 1971, p. 314).

Para finalizar, ofrezco como epílogo un pensamiento contundente de la escritora francesa Annie Ernaux, recién galardonada con el premio Nobel de Literatura, edición 2022:

Estábamos desbordados por el tiempo de las cosas. Un equilibrio mantenido durante mucho tiempo entre la espera y su aparición, entre la privación y la obtención, se había roto. La novedad ya no suscitaba diatriba ni entusiasmo, no ocupaba ya las imaginaciones. Era lo normal de la vida. Hasta el propio concepto de novedad iba a desaparecer se-

guramente, casi como el progreso, al que estábamos condenados. Se entreveía la posibilidad de todo (Ernaux, 2022, p. 292).

Y manteníamos la esperanza de mirar un nuevo horizonte y caminar bajo otro cielo. La espera valía la pena. El mundo podía cambiar. ☞

## Referencias

Artola, M. (2016). *El legado de Europa*. Madrid: Kailas.

Benjamin, W. (2013). *París*. Madrid: Casimiro libros.

Bury, J. B. (1971). *La idea del progreso*.  
Madrid: Alianza Editorial.

Conrad, J. (1994). *Una avanzada del Progreso*.  
México: CONACULTA/Alianza Editorial.

Conrad, J. (2012). *El corazón de las tinieblas*.

Madrid: Alianza Editorial.

Constant, B. (2020). *La libertad de los antiguos frente a la de los modernos / La libertad de pensamiento*.

Madrid: Página Indómita.

Dickens, Ch. (2018). *Historia de dos ciudades*.

Barcelona: Alba.

Eucken, R. (1984). *Los grandes pensadores*.

Barcelona: Ediciones Orbis.

France, A. (1979). *Obras Escogidas*.

Madrid: Aguilar.

Galor, O. (2022). *El viaje de la humanidad*. México: Paidós.

Marina, J. A. y J. Rambaud. (2019). *Biografía de la humanidad*.

*Historia de la evolución de las culturas*. México: Ariel.

Nisbet, R. (1992). *Historia de la idea de progreso*.

Barcelona: Gedisa.

Proudhon, P.J. (2021). *Filosofía del progreso*.

México: La voz de la Anarquía.

Sebreli, J.J. (1992). *El asedio a la modernidad*.

Barcelona: Ariel.

Sorel, G. (1909). *Las ilusiones del Progreso*.

Valencia: F. Sempere y Compañía, Editores.

Spencer, H. (1909). *El Progreso. Su ley y su causa*.

Valencia: F. Sempere y Compañía, Editores.

## Créditos de las Imágenes

**Portada:** *Mecanismo de Anticitera (fragmento A – anverso)*: [https://es.wikipedia.org/wiki/Mecanismo\\_de\\_Anticitera](https://es.wikipedia.org/wiki/Mecanismo_de_Anticitera) [Consultado: 23 diciembre 2023] **Pág. 18:** Página de la Encyclopédie de Diderot, c. 1760, donde se muestra máquinas “de imprentas durante el antiguo régimen”. (*800px-Pl.\_XIII,\_Papetterie,\_La\_Salle,\_Diderot’s\_Encyclopedia,\_c.\_1760\_-\_Robert\_C.\_Williams\_Paper\_Museum\_-\_DSC00465*): [https://es.wikipedia.org/wiki/Encyclopédie\\_ou\\_Dictionnaire\\_raisonné\\_des\\_sciences,\\_des\\_arts\\_et\\_des\\_métiers#/media/Archivo:Pl.\\_XIII,\\_Papetterie,\\_La\\_Salle,\\_Diderot’s\\_Encyclopedia,\\_c.\\_1760\\_-\\_Robert\\_C.\\_Williams\\_Paper\\_Museum\\_-\\_DSC00465.JPG](https://es.wikipedia.org/wiki/Encyclopédie_ou_Dictionnaire_raisonné_des_sciences,_des_arts_et_des_métiers#/media/Archivo:Pl._XIII,_Papetterie,_La_Salle,_Diderot’s_Encyclopedia,_c._1760_-_Robert_C._Williams_Paper_Museum_-_DSC00465.JPG) [Consultado: 23 diciembre 2023] **Pág. 26:** Declaración de los Derechos humanos y del ciudadano, agosto de 1793. (*Declaration\_des\_Droits\_de\_l’Homme*): [https://es.wikipedia.org/wiki/Revolución\\_francesa#/media/Archivo:Octobre\\_1793,\\_supplice\\_de\\_9\\_émigrés.jpg](https://es.wikipedia.org/wiki/Revolución_francesa#/media/Archivo:Octobre_1793,_supplice_de_9_émigrés.jpg) [Consultado: 23 diciembre 2023]

## Créditos

Tomás Bernal Alaníz

Texto

Juan Moreno Rodríguez

Editor

•

SCRIPTORIA

Diseño

•

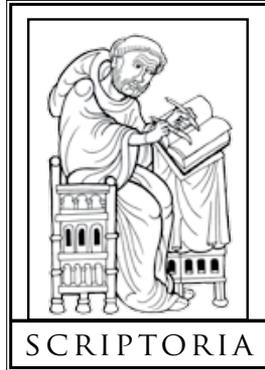
Bisherú Bernal Medel

Corrección

•

Cada texto es responsabilidad de sus autores,  
quien además, posee los derechos correspondientes.

El presente es un libro conformado como parte  
de la investigación universitaria y no tiene fines de lucro.



JUAN MORENO RODRÍGUEZ

• 2024 •

•

Este libro se terminó en

Febrero de 2024, en la CDMX.

Se emplearon en su elaboración, las tipografías

*Baskerville & Trajan Pro*

•

